



# Al má Ci gá



Un vivero de palabras  
de nuestro medio rural

María  
Sánchez

geoPlaneta



# Al má Ci ga

**Un vivero de palabras  
de nuestro medio rural**

**María  
Sánchez**

Ilustraciones de Cristina Jiménez

geoPlaneta 

**Almáciga** - Un vivero de palabras de nuestro medio rural

1.<sup>a</sup> edición: septiembre del 2020

2.<sup>a</sup> edición: diciembre del 2020

3.<sup>a</sup> edición: noviembre del 2023

geoPlaneta

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2020

© Textos: María Sánchez, 2020

Por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Ilustraciones originales: Cristina Jiménez, 2020

Diseño: Lookatcia.com

ISBN: 978-84-08-28300-3

Depósito legal: B. 18.657-2023

Impresión y encuadernación: TG Soler

Printed in Spain – Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

**La palabra-semilla**

11

---

**Nota a este pequeño semillero de palabras**

35

---

**¿Cómo preparar nuestra propia almáciga?**

47

---

**01**

**De surcos y azadas**

73

---

**02**

**De frío, ramas y pequeños pájaros**

105

---

## **03**

### **De rebaños trashumantes y veredas**

133

---

## **04**

### **De cobijo y lumbre**

155

---

### **Una llamada a lo colectivo**

173

---

### **El último retal**

181

---

### **Algunas lecturas recomendadas**

192

---

### **Índice**

194

---

## La palabra-semilla

### 1

Recuerdo la primera vez que leí acerca de ciertas semillas con las que se enterraban los muertos en el antiguo Egipto. Trigo y cebada se depositaban en pequeñas urnas como ajuar al lado de los cuerpos ya embalsamados de los grandes faraones, para que en la otra vida tuvieran con qué cultivar la nueva tierra y poder alimentarse. Son muchos los que han fantaseado con la idea de que esas semillas de trigo, después de miles de años guardadas, esperando como animales que hibernan, conservasen todavía su fertilidad. Es una imagen preciosa que no me quito de la cabeza: arropar al cuerpo del que se fue, inerte, con semillas. Como una especie de nana para los muertos que acompaña a alguien que se va y desaparece, algo que se convierte en una hermana de tumba y en algo más valioso, algo que podría brotar en cualquier momento con las condiciones adecuadas. La vida dormida junto al muerto, esperando latente un pellizco como el agua, como la arcilla, aguardando

una condición o varias idóneas para desperezarse y seguir.

Hay un tipo de semilla que es capaz de pasar muchísimo tiempo sin germinar para evitar la extinción, para que siempre exista un banco de simientes en el suelo. Con ellas no es posible la desaparición de su especie. Son las llamadas «semillas duras». El trébol subterráneo (*Trifolium subterraneum*) entierra sus propias semillas cuando se encuentran en pleno proceso de maduración, como si clavara un arpón en la tierra para que no puedan ser devoradas por los animales que pastorean por la zona. Esta planta es una especie anual que pasa el verano en forma de semilla. Y no solo entierra sus simientes para asegurar la persistencia, también las envuelve en un glomérulo de cálices no fértiles que las protegen y retienen la humedad. Es como si sus semillas no se entendieran sin actividades como el pastoreo: los animales las consumen por su alto contenido en proteína y se convierten, sin saberlo, en los elegidos para transportarlas y hacerlas germinar en otras zonas diferentes a la de origen. Otras, como el trébol carretón (*Medicago polymorpha*), se enganchan en

el lomo de un animal trashumante para germinar y crecer a miles y miles de kilómetros de donde comenzaron el camino.

La condición de ser devorado, de convertirse en un desaparecido para volver a la vida, para aparecer de nuevo y dar paso al germen, al tallo, a las hojas, a los frutos. Aquí es imprescindible la digestión, un camino obligatorio para estas semillas, el estómago del animal como forma de retorno. ¿Podría ser algo así también la escritura, la transmisión oral de las palabras y los cuentos? ¿Las lecturas y lo que oímos desde nuestra infancia, como la digestión de las semillas para quien escribe? Quizás así también sobreviven nuestras lenguas, historias y canciones, a base de pasar de generación en generación en las bocas y oídos de los nuestros.

¿No te has fijado nunca en esa especie de arbustos que aparecen en algunos árboles, como los álamos, con una forma y un color totalmente diferentes al que les da cobijo? La primera vez que los vi pensé que eran nidos. En realidad, esos nuevos habitantes, como el muérdago, no son propios del árbol, ni sirven de abrigo para las aves y sus crías. Son espe-

cies parásitas que crecen en los árboles gracias a la dispersión de otros que las llevan hasta allí, como los pájaros y otros animales que viven en los árboles, como el lirón careto o la ardilla. Alimentar y depredar otro cuerpo se convierte así en la única forma de asegurar que las semillas alcancen nuevas ramas, broten y nazcan en otro sistema que no les pertenece.

¿Seremos nosotras también como esos pequeños mamíferos al dispersar historias, poemas, palabras? ¿Podrá suceder, sin que lo sepamos, sin que nos demos cuenta, que surjan esas palabras, narrativas y lenguas nuevas?

Los babilonios se referían al lugar donde enterraban a sus muertos como un sitio donde el polvo es un nutriente y la arcilla un alimento. En quechua, la palabra *mallqui* significa a la vez ‘momia’ y ‘semilla’. La muerte y la vida, un mismo punto de sutura donde vuelve a empezar lo que acaba. El que se marcha da paso al nacimiento, a la raíz en el nuevo suelo. Otra vez sucediéndose la vida. Así, con la palabra dada, podríamos decir entonces que el que se marcha nunca morirá. Y si pensamos en palabras-semilla digeridas, que se transmiten y cuentan, podemos

decir que los que se van siguen aquí, latiendo en nuestras lenguas y acentos, en nuestra forma de narrarnos. La palabra contada, digerida, transmitida: la palabra viva.

Sigo rebuscando sobre germinación, polvo, semillas, surcos..., y tropiezo en la red con una columna preciosa de la politóloga mapuche Verónica Azpiroz, dedicada a su abuela Manuela por su muerte:

No existe la palabra *muerte* en la lengua mapuche para describir ese estado en las personas. Cuando alguien muere, se dice «mapulugün». *Mapulugün* es volverse territorio. Manuela ya es territorio-vida. Por eso, con Kajfükura seguiremos afirmando que no hay muerte: «En los hijos de mis hijos me levantaré». *Küme rupu ñi chuchu Manuela! Pewmagen ñi püjü re-mapuchegeiñ.*

No sé qué significan las dos últimas frases, pero me parecen terriblemente bellas. Quizás no necesito entenderlas, ni hace falta. Porque con su escritura la autora ha creado un vínculo conmigo, aunque ella nunca llegue a saberlo. Una trenza invisible que anuda y sostiene, pero que también abraza al territorio y al cuerpo y los entiende y concibe como uno solo.

Paro y preparo la boca. Hablo en voz alta. Pronuncio sola en mi habitación: «*Mapulugün*». Volverse territorio. Y me queda un regusto a barro, a ramitas, a cáscaras de semillas. A hojas que se amontonan y se deshacen tras la humedad y a pequeños cuerpos de mamíferos. Digo *semilla, tierra, palabra...*, pero no encuentro tal símil en mi lengua para esa expresión que me conmueve y me emociona por todo lo que en una sola palabra conlleva: *volverse territorio*. Y pienso, pienso muchas veces en la escritura como ese latido infinito que me empuja hacia lo que no conozco. Como esa semilla que existía por sí sola y, una vez que germina y empieza la vida, necesita de más elementos y de otras vidas para poder existir. Y que, a pesar de todo, con sus primeras y nuevas raíces, se aferra.